

Nunca he visto un libro *liberado* en esa repisa del metro. El lunes a media tarde había un ejemplar de un periódico gratuito que alguien había acomodado perfectamente, pero de libros para el intercambio generoso nada. Observando ese periódico, le preguntaba a una chica que esperaba en el andén del metro si se había fijado en la repisa que tenía al lado, y la miraba con cara de desconcierto. Toma la L-2, la púrpura, cada día desde hace un año porque estudiaba en la Universitat de Barcelona, y sube y baja en la parada de metro Universitat.

No sabía que allí hubiera un punto de intercambio de libros. No es el único. En el metro de Barcelona, hay puntos de intercambio en Zona Universitària, Espanya, Diagonal, Passeig de Gràcia, Universitat y Catalunya. La iniciativa surgió en el 2008 cuando el Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació pidió a TMB la habilitación de espacios de intercambio con el objetivo

A PIE DE CALLE

CATALINA
Gayà

Los 'pasalibros' de los andenes del metro

de fomentar la cultura. El lema fue: «*Agafa un llibre i deixa'n 1 de teu*». O la campaña se apagó con la crisis y con los años o yo siempre he tenido mala suerte con esas repisas generosas.

En algunas ciudades, como en Buenos Aires, el intercambio de libros es un juego para los ciudadanos: hay que buscar el lugar donde está el *libro-tesoro* y, a veces, hasta hay que juntar pistas al estilo **Sherlock Holmes**. Todo empieza en alguna página de intercambio de libros o en alguna librería o asociación.

En otras ciudades, los lectores ya saben dónde están los puntos en los



►► Repisa de libros de Universitat.

que otros lectores *liberan* los libros. En Marsella, por ejemplo, una escultura en forma de jirafa en el centro de la ciudad siempre alberga alguna lectura. En Barcelona, en una heladería que estaba en la plaza de los Àngels –cerró hace unos meses– había una cesta con libros de intercambio. «Se llevan muchos y dejan pocos», me dijo una de las chicas que trabajaban ahí un día que cogí uno.

Hace ya un mes, en el *pasalibros* que hay en uno de los andenes en la parada de metro de Catalunya, lo único que había era una tarjeta de contacto junto a un currículum. El capítulo de crisis, siempre entre líneas. Libros, ninguno. El mismo día que encontré ese currículum vi un montón de libros desperdigados junto a un contenedor en la Rambla del Raval. Eran viejas novelas de esas que regalaban los bancos hace 25 años. Nadie les hacía caso.

Los días previos a Sant Jordi, se publicaron los índices de lectura y estos indicaban que el 61,3% de los catalanes leyeron, como mínimo,

un libro durante el 2012, el 1,2% más que en el 2011. El 16% de los lectores leen libros prestados.

El experimento de convertir las ciudades en una gran biblioteca global y gratuita nació en el 2001, en Estados Unidos, y se le dio el nombre de *bookcrossing*, que significa algo así como dejar libros en sitios públicos. Rápidamente se convirtió en un movimiento internacional. En teoría,

En el metro hay hasta seis estaciones en las que se pueden cambiar ejemplares

los *bookcrossers* registran sus libros en la web oficial, y así se puede saber qué vueltas da un libro.

En las repisas del metro la acción de liberar un libro es anónima. A ver si en junio tengo más suerte. ≡

cgaya@elperiodico.com